

Elogio de la educación lenta

Joan Domènech Francesch



GAO

MICRO-MACRO
REFERENCIAS

21

Los movimientos de la lentitud plantean alternativas a la aceleración que condiciona nuestras vidas: comida, desplazamientos, relaciones personales. Todo está impregnado por una velocidad que no deja saborear el sentido de las cosas y nos aboca a una sociedad neurótica y despersonalizada.

Más antes y más rápido no son sinónimos de mejor. Aplicar esta afirmación en la escuela y en la educación es una de las cuestiones a las cuales el autor intenta dar respuesta en este libro en que se reparte el tiempo, no desde el punto de vista organizativo, sino con la intención de encontrar nuevas dimensiones que den sentido, entre otros, a la diversidad de ritmos de aprendizaje. La educación lenta es un paradigma que no pretende hacer las cosas poco a poco, sino saber encontrar el tiempo justo para cada uno y aplicarlo en una actividad pedagógica. Educar para la lentitud significa ajustar la velocidad al momento y a la persona.

Hacer elogio de la educación lenta tiene sentido hoy y aquí en tanto que representa el elogio de un modelo educativo entendido como la pieza clave en el proceso de humanización de la sociedad. El tiempo no puede colonizar nuestras vidas y las de la escuela, sino que hay que devolverlo a los niños y niñas y al profesorado para que pueda ser un tiempo vivido plenamente y, por tanto, plenamente educativo.

«Es hora de empezar el movimiento de la escuela lenta».
(Maurice Holt)

«Una firme defensa del placer material de la tranquilidad es la única manera de oponerse a la locura universal de la vida rápida».
(Manifiesto del Slow Food)

«Este esfuerzo para crear un ámbito de coordinación de escuelas que se planteen la lentitud en la educación me parece genial».
(Carl Honoré, autor de *Elogio de la lentitud*)

ISBN 978-84-7827-719-3



GAO

Elogio de la educación lenta

21

Elogio de la educación lenta

Cuando empezaba a pensar en la posibilidad de hacer algún tipo de propuesta sobre la educación lenta, cayó en mis manos el libro de Carl Honoré (2005). Leerlo me llevó a saber que mi idea ya no era original. Hace unos meses, preparando unas Jornadas de Escuelas 0-12^a, supe que la escuela Els Alocs de Vilassar de Mar estaba utilizando esta idea para desarrollar su propio proyecto. Además, hace unos días me explicaron que una escuela de Mas Nadal de Quart (Girona), quiere promover una red de escuelas lentas. Carl Honoré ha publicado un nuevo libro, *Bajo presión*, en el que ejemplifica y describe la presión que la sociedad actual, en general, y las familias y la escuela, en particular, ejercen sobre la infancia. Una descripción pormenorizada y ejemplarizada de aspectos como el papel del juego en los aprendizajes, la educación temprana, los artilugios y la tecnología, los deberes en la escuela, etc. En su último libro Hargreaves y Fink (2008), hace una defensa de la lentitud en las escuelas, relacionando este concepto con el de sostenibilidad.

El movimiento de la lentitud en la educación surge en el interior de otros movimientos, como el del *slow food*. Son las escuelas que han aplicado este principio a los comedores escolares. Producción de alimentos en huertos escolares, aplicación de dietas y menús que tengan en cuenta productos relacionados con el entorno, etc. Convertir el espacio del mediodía en un momento en el que se come, se conversa y se

2. Las Jornadas de Escuelas 0-12 se organizan en Cataluña desde 1999 y constituyen un punto de encuentro anual de escuelas de 0-3 y 3-12 con el objetivo de reflexionar sobre el modelo educativo y las implicaciones en el trabajo de los profesionales y con la comunidad educativa. Se basan en un intercambio de experiencias. En las últimas ediciones están profundizando en los aspectos que puedan ayudar a definir una nueva cultura educativa. Más información en <http://esc3-12.pangea.org>

vive... Todo esto está muy lejos aún de la situación que se vive en las escuelas con empresas de catering o condiciones alimentarias masificadas y con comedores pequeños y llenos de niños que se quedan a comer en la escuela, sobre todo en las ciudades, pero también cada vez más en entornos rurales.

Es hora de empezar el movimiento de la escuela lenta.
(Holt, 2002)

Con esta frase Maurice Holt comenzaba un artículo, de diciembre de 2002, en el que planteaba algo parecido a lo propuesto por Carlo Petrini en la Plaza de España de Roma.

En este manifiesto fundacional de la educación lenta, Holt hace una declaración de principios relacionando la lentitud, que según él debe impregnar la educación y la escuela, con la necesidad de reaccionar frente a un modelo educativo basado en la medida de procesos y resultados, en la uniformidad y en la programación previsible.

Su crítica al modelo educativo actual es profunda: contenidos irrelevantes para los alumnos, limitación de sus posibilidades educativas personales, sometimiento a las leyes de la competitividad de la economía, dificultades en realizar una buena función compensadora respecto a la situación familiar, sobredimensión de la lengua y las matemáticas, políticas de la administración para exigir «resultados», entre otros. Según Holt la escuela lenta debe garantizar un tratamiento diferente de estos aspectos y propone la línea de un profundo proceso de renovación del sistema educativo.

Hay una escuela basada en una relación diferente entre pensamiento y acción, teoría y práctica. Un sistema educativo que no plantease la división entre una administración que piensa qué es lo que se debe hacer y unos centros que ponen los medios para aplicar los principios. Una escuela que es autónoma en las decisiones que toma, que analiza la propia práctica y la experiencia educativa para enriquecerse.

Holt se opone a las escuelas que centran sus fines en la obtención de resultados medibles, perspectiva en la que suelen trabajar muchas administraciones. Si la evaluación de los resultados es la única medida de sus objetivos, ¿dónde quedan las experiencias educativas y aspectos tan importantes como *la creatividad, el pensamiento crítico, la capacidad, la motivación, la persistencia, el humor, la fiabilidad, el entusiasmo, el civismo, la autoconciencia, la autodisciplina, la empatía, el liderazgo y la compasión*? Estos aspectos siempre escapan de los resultados y son difícilmente medibles con unas pruebas que se centran fundamentalmente en los resultados en lengua y matemáticas.

Leer libros de pedagogía que enfoquen su mirada sobre la educación lenta, reflexionar sobre aspectos concretos del funcionamiento de la escuela y de las aulas con dicha mirada... me ha provocado muchas de las reflexiones que he ido ordenando en este libro. Creo que la idea que intento desarrollar en este libro es ampliamente compartida por muchos profesionales de la educación y también por escuelas que ya han logrado dar un paso para reflexionar colectivamente y encontrar salidas, con una mirada diferente, a la multiplicidad de problemas con los que se enfrentan de forma cotidiana. Los principios orientan nuestra práctica. Pero este elogio de la educación lenta, ¿se puede traducir en una práctica concreta?

La educación lenta resiste el ritmo que nos marcan sectores de la sociedad, de la administración, del sistema... caracterizados por una velocidad y una gran cantidad de conceptos a tener en cuenta y trabajar, pero que sin embargo no llegan a ser asimilados. La educación lenta propone resistir la velocidad, sinónimo de superficialidad, da importancia a la calidad por encima de la cantidad, se resiste a penalizar la lentitud, rechaza el activismo sin intencionalidad; en definitiva, plantea una reflexión global sobre el tiempo en la educación, para que ésta pueda recuperar un papel más activo en la formación y el desarrollo de las personas.

La educación lenta es un paradigma en el que no siempre se trata de ir despacio, sino de saber encontrar el tiempo justo para cada persona y, a la vez, dar el tiempo justo a cada actividad educativa. Educar en la lentitud significa ajustar la velocidad al momento y a la persona. ¿Es mejor hacer más en menos tiempo? ¿Cuando las cosas van más deprisa todo va más fluido? ¿Los niños son recipientes vacíos que hay que llenar o, por el contrario, tienen ganas de aprender, quieren saber a partir de su curiosidad natural? A menudo escuchamos que se nos dice que no debemos perder ni un segundo, pero también que debemos dejar a los niños vivir su vida. Los educadores utilizamos las agendas para controlar y organizar el tiempo con la excusa de que hemos de aprender a organizarlo.

Si consideramos las premisas anteriores, organizaremos el tiempo de los niños hasta el último detalle, o no, o hasta que la adolescencia se manifieste en forma de rechazo o de negación de nuestras pretensiones. Si consideramos que su afán por el conocimiento y el aprendizaje es natural, y que hay que estimularlo y potenciarlo, tendremos que plantear una gestión mucho más libre y flexible de su tiempo y que esté basada en el desarrollo de su autonomía.

Gimeno Sacristán (2008) también nos explica cómo el tiempo está condicionado por muchas circunstancias: «Que el alumno encuentre o no sentido a las actividades que realiza; la relación entre los aprendizajes que hace ahora y los que hará después, y también las excesivas pretensiones que tenemos respecto al currículum, la tendencia a llenar masa de contenidos, lo que él llama la *velocidad pedagógica*».

En estos casos debemos remitirnos a lo que ocurre en las aulas, ver cuál es la atención que el profesorado dedica a sus alumnos, qué tipo de situaciones de aprendizaje se crean, de qué manera los alumnos se implican en el trabajo que están haciendo, cómo participan en las tareas escolares, cómo se

recogen sus intereses y sus necesidades, etc. A nivel familiar, las situaciones pueden ser parecidas a éstas.

La educación nos pone en situación de resolver problemas muy diversos. Algunos se tendrán que solucionar con la máxima celeridad, mientras que respecto a otros habrá que invertir todo el tiempo que sea preciso.

Al jugador de fútbol que corre hacia la portería contraria, al conductor que va a 120 km por hora acercándose a un cruce, a un músico de una orquesta, no les podemos pedir demasiado parsimonia: en todas estas situaciones hay que tomar decisiones de forma rápida y decidida ya que la no actuación puede llevar directamente al error —en el caso del músico a la no interpretación de la partitura, en el caso del conductor a equivocarse de dirección—. Lo mismo podríamos decir de un estudiante ante una prueba de tipo test que tiene que resolver en un tiempo determinado.

Pero la mayoría de situaciones educativas requieren un tiempo de reflexión en el que deberá sopesar pros y contras, analizar las posibles consecuencias, debatir otras posibles alternativas, consensuar respuestas... En suma, se trata de un tiempo deliberativo (Claxton, 1999); es decir, un tiempo en el que la respuesta no es absoluta ni rápida, definida ni única.

Existe también el tiempo de la meditación o la contemplación. Un tiempo imprescindible para poder avanzar en cuestiones más complejas. Es el tiempo de los poetas, de los sabios... pero también de la gente sencilla, de quienes meditan, de quienes contemplan cómo las horas pasan, el fuego se consume o las olas van llegando a la playa y se van transformando. Es un tiempo en el que el tiempo no cuenta. Un tiempo que se pierde pero que es absolutamente necesario para producir conocimiento. Es el

No podemos basar el tiempo de la educación sólo en la inmediatez, ni respondiendo a la continua presión por el examen y los resultados.

tiempo que utilizamos para tomar las grandes decisiones. Alejandro Baricco explica que cuando tiene que tomar una decisión lo hace conduciendo un potente coche a una velocidad lenta... deja la mente en blanco mientras conduce, y decide.

Tanto el modelo deliberativo como este tiempo *muerto* parecen expulsados de nuestra acelerada vida moderna, sin embargo tienen unas consecuencias educativas impresionantes.

La configuración de objetivos inmediatos a corto plazo nos lleva a adiestrar a nuestros niños y jóvenes en su capacidad para responder rápidamente y de forma mecánica a las cuestiones planteadas.

Es evidente que hay que leer con una cierta velocidad para poder entender el significado de lo que leemos, pero valorar la velocidad lectora como el factor clave del desarrollo de los hábitos lectores es del todo negativo: leer es una actividad lenta, como lo es aprender a leer.

Claxton recoge un pensamiento del Tao para decirnos «que la verdad espera que los ojos no estén nublados por el anhelo: los que son prisioneros del deseo sólo ven el envoltorio externo». El mismo autor es quien nos da pistas de la importancia de estos pensamientos y estos procesos presididos por la lentitud, y de cómo la sociedad actual los excluye. Nos habla de las distinciones entre ser sabio, ser listo, ser una persona despierta o, sencillamente, estar bien informado.

Nuevamente la solución no consiste en reducir la velocidad ni en intentar resolver de forma precipitada, con prisas o de forma superficial, problemas que requieren tiempo. Es entonces cuando el resultado no es eficaz. Hay problemas ante los que se necesita tener paciencia, intuición y tranquilidad y este hecho es clave para su desarrollo.

La actividad educativa está más interesada en encontrar respuestas y soluciones que en analizar a fondo los problemas y en construir explicaciones. Este es uno de los obstáculos que tenemos a nivel educativo.

Hacer frente a los retos que en la actualidad tiene el sistema educativo pone en crisis muchas de las medidas que de forma técnico-burocrática se toman desde la administración. Si hemos de pasar de educar y formar a trabajadores obedientes y disciplinados a ciudadanos que puedan orientarse en un mundo cambiante y puedan resolver una multiplicidad de retos quizá nunca previstos, debemos dar la oportunidad a la escuela y a la educación para que lo puedan hacer. Éste es el sentido que, cuando la vinculamos a la innovación y el cambio educativo, creemos que puede tener nuestra mirada sobre la lentitud en la escuela.

[...] En muchos de los aspectos de la vida, hacer las cosas poco a poco se asocia con un profundo placer. [...] Si queremos que nuestros niños, en su proceso educativo, puedan comprender en profundidad la variedad de la experiencia humana y aprender cómo pueden contribuir en él, debemos darles la oportunidad de hacerlo.

(Maurice Holt, *Es la hora de las escuelas lentas*)